

Novedad GG

Colección Punto y Línea

Alfredo de Paz
La crítica social del arte

Javier Coma
Del gato Félix al gato Fritz

Historia de los comics

Marcello Giacomantonio
La enseñanza audiovisual

Colección Comunicación Visual

Ray L. Birdwhistell
El lenguaje de la expresión corporal

Arnau Puig
Sociología de las formas

Jean-François Lyotard
Discurso, Figura

Colección Tecnología y Sociedad

Langdon Winner
Tecnología autónoma
La técnica incontrolada como objeto del pensamiento político

William H. Davenport
Una sola cultura
La formación de tecnólogos humanistas

Duncan Davies/
Tom Banfield/Ray Sheahan
El técnico en la sociedad

Editorial
Gustavo Gili, S.A.

La nueva postura

TRATARE de contarle tal y como lo cuento desde hace más de veinte años. Es decir, confío en que mi boca no añada al sucedido nada que no añadiera ya entonces, cuando acababa de llegar a mi oreja. Pero al grano y a media tarde, entre dos luces, ya se sabe.

—¿Tú también lees a Corfas? —pregunta el funcionario a un hijo de contribuyente al que su trabajo le obliga a interrogar.

—¿Corfas dice usted? —inquire éste en los tonos propios de la época—. No, señor. A Corfas, no.

—¿Oyes? —comenta el primero a su colega más próximo—. Que no conoce a Corfas.

—¿Cómo? —se indigna el segundo examinador—. ¿Que no leste a Corfas? Vamos, hombre, tengamos la fiesta en paz.

Y hubo paz, claro. Y no sólo paz —guerra no podía haber en 1956, fecha de la conseja transcrita—, sino algo más: el descubrimiento de un autor por aquel pobre descañado que tan someramente acabo de describir. Pues Corfas existía en verdad, podía encontrarse, si que bajo cuerda, en las trastiendas de alguna librería de la capital, era ruso y había escrito un poco ortodoxo tratado judicial: "El proceso". Más tarde, ya en una celda de la cárcel de Carabanchel, la revelación se redondeó y el Corfas de los despachos de la Puerta del Sol se trocó en un vocablo ligeramente más asequible: Kafka, si la memoria no me engaña.

Hablo, ya se ve, de los tiempos del susurro y quien no los padeciera no debe extrañarse de los cambios fonéticos de última hora. Los nombres de las cosas, en la tradición oral, sufren siempre esos gentiles retoques que transforman a un César pirómano y algo sádico en un marinerito de Tarpeya. Es inevitable. La gente oye pero no escucha, abundan los sordos y, sobre todo, un susurro consiste en una emisión de voz que, amén de tender al desvanecimiento, persigue enaltecer con difusa vaguedad lo que confía porque no confía en el aire circundante. Todos oímos susurrar cosas que parecían impensables hasta que nos echamos a la cara las Memorias del general Franco-Salgado-Araujo.

Pues bien, el aire de la Historia, que tanto aventara, no aventó el susurro. Y a lo que parece el susurro se apresta a retornar en estos nuevos tiempos cuajados de ardorosos plenos parlamentarios y más ardorosos plenos municipales. Retornará, eso sí,

confinado al discreto ámbito de la cultura, según me confiesa alguien bien situado para saberlo. El susurro llega como arma para imponer un sosegado ritmo de adquisición de los bienes del espíritu.

El dominio del susurro, por consiguiente, va a resultar indispensable en la estrecha

franja donde nos movemos los pocos que nos movemos —si es que nos movemos— para estar al tanto de lo que pasa. De aquí a unos meses, todo libro, long-play, película, pieza

teatral o restaurante que aparezca aconsejado en las guías de los semanarios, que reciba críticas encomiásticas o espaldarazos solemnes se verá condenado a circular por los embotellados caminos del consumo de masas. La calidad, en cambio, llegará por el boca-oreja. El buen paño habrá que buscarlo en el arca, encaminados por vaya Dios a saber qué consignas arcanas y siempre musitadas. El marchamo y la garantía los proporcionará, pues, algo muy semejante al silencio.

Sostenía Lukacs que cuando Nietzsche se pone de moda algo malo va a pasar. Lukacs, incluso haciendo chistes, era un redomado sectario, no cabe duda. Pero yo lo traigo a colación para decir que a mí este eterno retorno en el que vivimos me tiene más acongojado que feliz. Porque malo es hacer el cuerpo a los nuevos tiempos, pero peor recobrar viejos modales que, dígase lo que se quiera, nunca serán los mismos. En esto del susurro, por ejemplo, resultan imprescindibles la tertulia, el conciliábulo, la jerga de grupo, la media palabra, los rituales periódicos puros, la mezquindad en el préstamo y los amores súbitos y equivocados. ¿Y de dónde vamos a sacar tiempo gentes como tú y yo, lector, para todo eso? ¿De dónde sacaremos además los cafés de peluche? ¿De dónde las esquinas para las citas de aspecto casual? ¿De dónde los secuaces? Y sobre todo, ¿para descubrir qué?

No cabe duda de que en los últimos años el criterio era por demás, que la industria cultural convertía todo lo que tocaba en estuche y que necesitábamos volverle la espalda a un tipo de reclamo que nos quiere en primavera lectores de novelas de Chandler y en el otoño adictos a Anais Nin. Bien venido, pues, el desdén a la persuasión percutiente de la televisión. ¡Pero el susurro!

En fin, peor para el que tenga un chorro de voz. ■

EL SUSURRO

ISAAC MONTERO